

les caídos que cerraban el camino; pero pronto se ensanchó este lecho del torrente por el destrozo que en sus orillas habían producido las inundaciones. Avancé lentamente por espacio de una hora siguiendo las rugosas y descarnadas orillas del torrente, y muy pronto compensaron todas mis fatigas la magnificencia y la belleza del panorama que contemplé. La profundidad sombría del barranco corría parejas con los signos de violencia que por todas partes se observaban. A un lado y otro se veían masas irregulares de rocas y árboles arrancados; otros de pie todavía, estaban podridos hasta el corazón y á punto de caer. Esta confusa masa de árboles robustos y árboles muertos me recordó los bosques de los trópicos, á pesar de la inmensa diferencia que los separa: en estas tristes soledades que ahora examino, parece que en lugar de la vida reina la muerte como soberana. Continué mi ruta á lo largo del torrente hasta un punto en que un gran derrumbamiento ha desprendido parte considerable del costado de una montaña; á partir de este lugar se hizo menos fatigosa la ascensión y alcancé pronto una elevación suficiente para poder examinar á gusto los bosques circundantes. Todos los árboles pertenecen á la misma especie, el *Fagus betuloides*, habiendo por excepción un corto número de especies diferentes de estos *Fagus*. Este árbol conserva sus hojas todo el año, pero presentan un color verde pardusco con un ligero tinte amarillo muy particular. Todo el paisaje reviste el mismo tono, lo que le da un aspecto triste y sombrío; siendo muy raro que le den un poco de alegría los rayos del sol.

20 de Diciembre.—El capitán Fitz-Roy le da el nombre de *Sir J. Banks* á una colina de unos 1.500 pies de elevación que forma uno de los costados de la

bahía en que nos hallamos, en memoria de la desgraciada excursión que costó la vida á dos de sus tripulantes y de donde el doctor Solander creyó no regresar. La tempestad de nieve, causa de su infortunio, se desencadenó en pleno Enero, que corresponde á nuestro mes de julio, ¡y esto en la latitud de Durham! Deseaba yo mucho llegar á la cumbre de esta montaña para recoger algunas plantas alpestres; porque en las tierras bajas hay muy pocas flores de todas las especies. Seguimos hasta el origen del torrente que ya había yo recorrido la víspera, y á partir de este punto nos vimos obligados á abrirnos paso á través de los árboles. Como consecuencia de la altura en que brotan y de los vientos que reinan en estas alturas son estos árboles gruesos, achaparrados y torcidos en todas direcciones. Llegamos al fin á lo que desde abajo habíamos tomado por un hermoso tapiz de verde césped, y nos encontramos, por desgracia, con que era una masa compacta de pequeños abedules de cuatro á cinco pies de altura. Con seguridad estaban tan espesos como las franjas de bojes de nuestros jardines, y en la imposibilidad de abrirnos camino por entre estos árboles nos vimos obligados á caminar por encima. Después de muchas fatigas ganamos al fin la región turbosa y poco después la roca pelada.

Una estrecha meseta unía esta montaña á otra situada á pocas millas y que era más alta, por cuanto se hallaba en parte cubierta de nieve. Como todavía era temprano nos decidimos á llegar hasta ella herborizando. Estábamos á punto de renunciar á esta excursión por las dificultades del camino, cuando nos encontramos un sendero muy recto y bien batido, trazado por los guanacos; pues estos animales, como los carneros, marchan en fila siempre unos tras otros; y gana-

mos la colina, que es la más elevada que se encuentra por aquellos contornos; sus aguas vierten al mar en otra dirección. Magnífico golpe de vista disfrutamos con todo el paisaje circundante; al Norte se extiende un terreno pantanoso, pero al Sur distinguimos un cuadro soberbio y salvaje muy digno de la Tierra del Fuego. ¡Qué misteriosa grandeza en aquellas montañas que se elevan unas tras otras, dejando entre sí profundos valles; valles y montañas cubiertos por una sombría masa de bosques impenetrables! En este clima, en que las tempestades se suceden casi sin interrupción con acompañamiento de lluvia, granizo y nieve, parece la atmósfera más obscura que en ninguna parte. Puede juzgarse muy bien de este efecto cuando en el estrecho de Magallanes se mira hacia el Sur; vistos desde este punto los numerosos canales que se pierden en las tierras, y entre las montañas, revisten tintes tan tétricos que parece como si condujeran fuera de los límites de este mundo.

21 de Diciembre.—Se hace á la vela el *Beagle*, y al día siguiente, gracias á una hermosa brisa del Este, nos acercamos á las Barnevelts. Pasamos por delante de las inmensas rocas que forman el cabo Deceit, y á eso de las tres doblamos el cabo de Hornos, batido por las tempestades. La tarde está admirablemente tranquila y nos deja gozar del grandioso espectáculo que ofrecen las islas inmediatas. Pero parece que el cabo de Hornos exige que le paguemos su tributo, y antes de cerrar la noche nos envía una espantosa tempestad, que nos sopla precisamente de cara. Nos vemos obligados á ganar alta mar, y al aproximarnos de nuevo á tierra al día siguiente, percibimos este famoso promontorio, y ahora con todos los caracteres que le distinguen, esto es, envuelto en brumas y ro-

deado de un verdadero huracán de viento y agua. Inmensas nubes negras oscurecen el cielo, las sacudidas del viento y granizo nos asaetean con tan ruda violencia, que el capitán se decide á guarecerse, si es posible, en *Wigwam Cove*. Es este un excelente puertecillo situado á poca distancia del cabo de Hornos; y allí echamos el ancla precisamente el día de Nochebuena. Alguna ráfaga de viento que baja de las montañas y hace balancear el barco sobre las anclas, nos recuerda de vez en cuando la tempestad que reina fuera de este excelente abrigo.

25 de Diciembre.—Muy cerca del puerto se eleva á 1.700 pies una colina llamada *Pico de Kater*. Todas las islas próximas consisten en masas cónicas de grés verde mezcladas á veces con colinas menos regulares de esquisto arcilloso que ha experimentado la acción del fuego. Puede considerarse esta parte de la Tierra del Fuego como la parte sumergida de la cadena de montañas á que ya me he referido. El nombre de *Wigwam* proviene de algunas habitaciones fueguenses que rodean el puerto; pero con más razón hubiera podido aplicarse esta denominación á todas las bahías próximas. Los habitantes se alimentan en primer término de moluscos, por lo que siempre están cambiando de residencia; pero volviendo con determinados intervalos á habitar los mismos puntos, como lo prueban las masas de conchas secas, que forman á veces montones de muchas toneladas de peso. Estos montones se distinguen á gran distancia por el color verde claro de ciertas plantas de que invariablemente se cubren. Puedo citar entre estas plantas el apio silvestre y la coclearia, dos vegetales muy útiles, pero cuyas cualidades no han descubierto aún los indígenas.

El *Wigwam* ó choza fueguense semeja en absoluto

por su forma y magnitud un montón de heno. No consiste más que en algunas ramas rotas clavadas en tierra y cuyos intersticios se cubren imperfectamente por un lado con hierbas y ramaje. Estas chozas apenas representan una hora de trabajo para su confección, y los indígenas no se sirven de ellas de ordinario más que unos cuantos días. He visto un sitio en la bahía de Goeree, en que uno de estos hombres desnudos había pasado la noche y que no ofrecía en realidad más abrigo que la cama de una liebre. Evidentemente este hombre vivía solo; York Minster me dijo que debía ser un mal sujeto y sería muy probable que hubiese robado algo. En la costa Occidental son las chozas, no obstante, algo más confortables; pues casi todas se hallan cubiertas por pieles de foca. El mal tiempo nos retiene aquí durante algunos días. El clima es detestable: estamos en el solsticio de verano y todos los días nieva sobre las colinas, y graniza y llueve en los valles. El termómetro marca 45 grados Fahrenheit (7°,2 centígrados); pero durante la noche baja á 38 ó 40 (3°,3 á 4°,4 centígrados). Por lo demás, se nos figura el clima todavía peor de lo que es por el estado húmedo y tempestuoso de la atmósfera rara vez animada por un rayo de sol.

Un día que fuimos á tierra á la isla de Volaston nos encontramos una canoa con seis fueguenses. En verdad que nunca había yo visto criaturas más abyectas y miserables. En la costa oriental, como he dicho, llevan capas de guanaco y en la occidental se cubren con pieles de foca. En las tribus centrales los hombres no llevan más que una piel de nutria ó un pedazo de piel cualquiera del tamaño de un pañuelo de bolsillo, y que apenas alcanza á cubrirles las espaldas hasta los riñones. Esta piel se anuda en el pecho con bra-

mantes y la cambian de lugar alrededor del cuerpo según la dirección de donde sopla el viento. Pero los que venían en la canoa de que acabo de hablar, estaban completamente desnudos, incluso una mujer en plena edad que con ellos iba. Caía la lluvia á torrentes, y mezclándose el agua dulce con la espuma del mar, resbalaba por el cuerpo de aquella mujer. En otra bahía, á corta distancia, vino un día cerca del barco una mujer que amamantaba á un recién nacido; y sólo por curiosidad permaneció muchísimo tiempo mirando, por más que la nieve caía en abundancia sobre su pecho desnudo y sobre la criatura. Estos desgraciados salvajes tienen el cuerpo achaparrado, el rostro deforme, cubierto de pintura blanca, la piel sucia y grasienta, los cabellos apelmazados, la voz discordante y los gestos violentos. Cuando se los ve cuesta trabajo creer que sean seres humanos, habitantes del mismo mundo que nosotros. Nos preguntamos muchas veces qué goces puede proporcionar la vida á ciertos animales inferiores; ¡con cuánta mayor razón no podríamos preguntárnoslo respecto de estos salvajes! Por la noche, cinco ó seis de estos seres humanos, desnudos y apenas protegidos contra el viento y la lluvia de este país terrible, se acuestan en el suelo húmedo apretados los unos contra los otros y encogidos como animales. Al bajar la marea, en invierno y en verano, de día ó de noche, tienen que levantarse para ir á buscar las conchas entre las rocas; las mujeres se sumergen para proporcionarse huevos de mar ó permanecen horas enteras sentadas en las Canoas hasta que logran pescar algunos pececillos con telas sin anzuelo. Si consiguen matar una foca ó descubren el esqueleto medio podrido de una ballena, tiénelo por inmenso festín; se atracan de este inno-

ble alimento, y para completar la fiesta comen algunas bayas ó algunas setas que no saben á nada.

Con mucha frecuencia padecen hambres estos fueguenses. Mr. Dow, capitán de un barco que hacía la pesca de focas y conocía muy bien á los indigenas de este país, me ha dado curiosos detalles de ciento cincuenta habitantes de la costa occidental. Estaban horriblemente flacos y sufrían mucho: una larga serie de tempestades había impedido que las mujeres recogieran conchas en las rocas; no habían podido echar las canoas al mar para pescar focas; unos cuantos de ellos salieron una mañana «para hacer un viaje de cuatro días, le dijeron los otros á Mr. Dow, para buscar víveres». A su vuelta les salió el capitán al encuentro y estaban sumamente fatigados y cada hombre llevaba un pedazo de carne de ballena podrida; para llevar con menos trabajo aquel peso, habían hecho un agujero en el centro de cada trozo y metido por él la cabeza, lo mismo que los gauchos llevan sus ponchos ó abrigos. Tan pronto como llegaba aquella carne podrida á una choza, un viejo la cortaba en pedazos pequeños, los freía un instante, murmurando algunas palabras, y los distribuía entre la hambrienta familia, que durante todos estos preparativos guardaba profundo silencio. Cree Mr. Dow que siempre que una ballena perece junto á la costa entierran los indigenas grandes trozos en la arena, como recurso contra las hambres. Un joven indigena que teníamos á bordo descubrió un día una de estas reservas.

Cuando las diferentes tribus se hacen la guerra se vuelven canibales. Si hemos de dar crédito al testimonio independiente de un joven interrogado por Mr. Dow y al de Jemmy Button, es realmente cierto que cuando se ven muy estrechados por el hambre en invierno se

comen á las mujeres viejas antes de comerse á sus perros; y al preguntar Mr. Dow el por qué de esta preferencia, le respondió: «Los perros pillan las nutrias y las viejas no las pillan.» También explicó este muchacho cómo hacen para matarlas: las colocan sobre un fuerte humo hasta que se asfixian; y al describir este suplicio, imitaba riéndose, los gritos de las víctimas é indicaba las partes del cuerpo que se consideraban como mejores. Por horrible que sea semejante muerte, infligida por mano de los parientes y de los amigos, es más horrible aún pensar en los terrores que deben asaltar á las ancianas cuando el hambre comience á dejarse sentir. Se nos ha contado que entonces se escapan para salvarse á las montañas, pero que los hombres las persiguen y se las traen al matadero, ¡su propio hogar!

El capitán Fitz Roy no ha podido nunca llegar á saber si los fueguenses creen en otra vida. A veces entierran sus muertos en cavernas y otras en los bosques de las montañas; pero no hemos podido averiguar qué clase de ceremonias acompañan á la sepultura. Jemmy Button no quería comer pájaros, porque no quería *comer hombres muertos*; no hablan de los muertos sino con repugnancia. No tenemos motivo para creer que realicen ceremonia religiosa alguna; sin embargo, quizá las palabras murmuradas por el viejo antes de distribuir la ballena podrida á su hambrienta familia constituyesen una plegaria. Cada familia ó tribu tiene su mágico, cuyas funciones no hemos podido nunca definir con claridad. Jemmy creía en los sueños; pero, como ya hemos dicho, no creía en el diablo. En suma, no creo que los fueguenses sean más supersticiosos que algunos de nuestros marinos, porque un viejo contra maestre creía firmemente que

las terribles tempestades que nos asaltaron junto al cabo de Hornos procedían de tener fueguenses á bordo. Lo que yo oí en la Tierra del Fuego que se aproximase más á un sentimiento religioso, fué una palabra que pronunció York Minster en el momento de matar Mr. Bynoe algunos patos pequeñitos que él quería conservar como muestra. York Minster gritó entonces con tono solemne: «¡Oh, Mr. Bynoe, mucha lluvia, mucha nieve, mucho viento!» Evidentemente aludía á un castigo cualquiera por haber malgastado alimentos que podían servir de sostén al hombre. Nos contó en esta ocasión, y sus palabras eran atropelladas y salvajes y sus gestos violentos, que un día volvía su hermano á la costa á buscar unos pájaros muertos que había dejado allí, cuando vió arrastradas por el viento algunas plumas. El hermano dijo (y York imitaba la voz de su hermano): «¿Qué es esto?» Entonces avanzó arrastrándose, miró por encima del acantilado y vió á un salvaje que recogía los pájaros; avanzó un poco más, arrojó una gran piedra sobre el hombre y le mató. Y añadía York que en seguida hubo por espacio de muchos días terribles tempestades, acompañadas de lluvia y nieve. Hasta donde pudimos comprenderle parecía que consideraba á los elementos mismos como agentes vengadores; si es así, claro es que en una raza algo más avanzada en civilización pronto se hubiesen deificado los elementos. ¿Qué significan *hombres salvajes y malos*? Este punto me ha parecido siempre muy misterioso; después de lo que me dijo York cuando encontramos el sitio semejante á una cama de liebre, donde un hombre solo había pasado la noche, había yo creído que estos hombres eran ladrones obligados á abandonar la tribu; pero otras palabras obscuras me hicieron dudar de esta explicación. Casi he llegado

á la conclusión de que lo que ellos llaman *hombres salvajes* son los locos.

Las diferentes tribus no tienen gobierno, ni jefe, y están rodeadas por otras tribus hostiles que hablan dialectos distintos. Están separadas unas de otras por un territorio neutral que permanece desierto; la principal causa de sus guerras perpetuas parece ser la dificultad que experimentan para proporcionarse alimentos. Todo el país no es más que una enorme masa de rocas abruptas, de colinas elevadas, de inútiles bosques, envueltos en brumas perpetuas y atormentados por tempestades incesantes. La tierra habitable se compone sólo de las piedras de la costa. Para encontrar alimento han de errar constantemente de playa en playa, y es tan escarpada la costa que no pueden cambiar de domicilio sino mediante sus miserables canoas. No pueden conocer las dulzuras del hogar doméstico, y menos aún las del afecto conyugal, porque el hombre no es más que el dueño brutal de su mujer ó más bien de su esclava. ¡Qué acto se habrá cometido jamás tan horrible como aquel de que Byron fué testigo en la costa occidental! Vió á una desgraciada mujer recogiendo el cadáver sangriento de su hijo, á quien su marido había estrellado contra las rocas por que el niño había derramado un cesto de huevos de mar. ¿Hay, por lo demás, en su existencia nada que pueda desarrollar facultades intelectuales elevadas? ¿Necesitan imaginación, razón, ni juicio? Nada tienen que imaginar, nada que comparar, nada que decidir. Para despegar una lapa de las piedras, ni aun se necesita emplear la astucia, esa ínfima facultad del espíritu. En cierto modo pueden compararse sus escasas facultades al instinto de los animales, puesto que no se aprovechan de la experiencia. Su producción más